

RELATO CORTO

ZORRA

Autora: Esther Rodríguez Pérez

Primer premio XXXII MariPuri Express 2.0

-Es el hermano de la zorra esa..

El susurro líquido le entra en el cerebro como un enjambre de avispas furiosas. El botellón desaparece a su alrededor y Marcos deja de ser consciente del entorno. Nota el frío que le cae por la nuca y se precipita de nuevo a sus recuerdos, una espiral negra y apestosa que le envuelve otra vez, como lleva haciendo desde hace dos meses con una periodicidad absurda.

“Zorra”.

Aquella noche, Marcos llegó pronto a casa. Tenía examen el lunes y quería repasar a la mañana siguiente. “Pronto” para él eran las tres y media de la mañana, pero su hermana siempre llegaba a casa mucho antes. Tenía apenas 15 años y sus padres habían impuesto el toque de queda a medianoche. Ella había protestado y había buscado el apoyo de Marcos, pero él tampoco la había defendido. “Da gracias que te dejan hasta esa hora”, y le había cerrado la puerta de su habitación en las narices.

Pero aquella noche temblorosa, sus padres le esperaban en el comedor. No le riñeron por llegar tarde, pero le preguntaron por Claudia. Él se encogió de hombros. Sí, habían ido a la misma discoteca (aunque él había entrado horas más tarde que ella). No, no la había visto más que a las once, su melena roja destacando entre la multitud. “Ha pasado algo”, dijo su madre. Él la llamó paranoica y se fue a la cama.

A la mañana siguiente, Claudia no estaba en su cuarto. Sus padres habían pasado la noche en vela y habían empezado a llamar a los hospitales. A las 7 y media dieron con ella en una sala

de Urgencias. Su madre entró a despertarle con la cara desordenada, como cuando tiras

dados sobre una mesa y bailan antes de sacar todo unos.

“Zorra”.

Marcos recuerda las siguientes horas de forma deslavazada. No sabe si la vio antes o después de que sus padres hablaran con los médicos. Sólo recuerda que cuando fue a abrazarla ella se apartó, las lágrimas colgadas de sus pestañas como acróbatas suspendidos de un trapecio que tiembla bajo los focos de la pista central. Ella no quiso contarle nada y fue su padre quien tuvo que explicarle lo que había pasado.

“Zorra”.

El botellón ya no importa. Sólo importa la palabra, el lanzazo al costado de su autocontrol. Mira el grupito y en ellos ve los cuatro tíos que se fueron con su hermana esa noche. Da igual que ninguno de ellos juegue al fútbol en el equipo del instituto y que ninguna de sus caras se parezca a la de quienes se llevaron a Claudia a la playa. Ellos no le habían robado la sonrisa. Pero allí estaba el juicio, unidireccional. Cruel. Violento.

Marcos piensa en que su hermana no sale de casa. Piensa en que no se atreve a mirarle. Recuerda que le vio los moretones en la espalda un día que su madre la estaba ayudando a ducharse. Marcos recuerda que Claudia se cortó el pelo al cero, su melena rizada, porque decía que no la podía sentir limpia nunca más.

Marcos recuerda.

“Zorra”.

Ni siquiera se da cuenta de que se ha lanzado contra ellos.

Son cuatro contra uno pero, esta vez, Claudia ganará.

-En pie.

Hugo recibe un golpe en el brazo, poco más que una caricia. Sacude la cabeza y se levanta. Se coloca bien la chaqueta sobre el hombro izquierdo, que le sujeta el cabestrillo.

-¿Ha alcanzado ya el jurado un veredicto?

Una mujer de mediana edad, que parece una bibliotecaria o una administrativa, se levanta con un papel en la mano, que le da a un alguacil. No es muy consciente de todo lo que pasa

a continuación. Escucha una exclamación ahogada, a su abogada decirle algo y a dos agentes de la Policía Nacional que vienen a por él. Su madre se le acerca y también le dice algo, pero no termina de escucharla. Lo último que ve antes de desaparecer tras una puerta es la melena rizada de su hermana.

No será tampoco muy consciente de los siguientes días. Se adapta pronto a las rutinas, pero no tiene muchos recuerdos de esas horas. Paseos, visitas de la abogada, incluso de su padre,

cree recordar. Comidas, alguna que otra pelea cerca de él pero en la que nunca se ve implicado, e incluso otro preso que se acerca a él para decirle que le respetan, pero que la próxima vez debería asegurarse de cargárselos. “Vas a pasar casi el mismo tiempo aquí dentro que si les hubieras cortado el cuello”, le dice.

Hugo no es muy consciente de lo que pasa por los días, pero por el contrario, podría relatar todas y cada una de las horas de la noche. Cuando las luces se apagan y el silencio se hace con el módulo, roto únicamente por el sonido de fondo de quienes tienen televisión o radio en sus habitaciones. Cuando se queda sólo en su celda con los recuerdos. Con esa palabra que escuchó aquel día. Con los siguientes instantes de sangre y ruido bajo una niebla roja y espesa. Nunca pensó que los huesos iban a hacer ruido cuando se rompieran, pero aquella rodilla se partió con un chasquido que, piensa, se parece al que hace la puerta al cerrarse. Lo que peor lleva Hugo, tanto por el día como por la noche, es lo que sabe que le está pasando a su hermana. Él se desquitó. Él consiguió la venganza. Pero para Claudia no cambió nada. De hecho, por lo que su madre le dijo, recuerda Hugo cuando se hacen las cuatro de la mañana y no puede dormir y decide ponerse a pensar y a mirar las nubes y las estrellas que se adivina tras el recuadro de su ventana, parece que Claudia lleva casi peor que Hugo hubiera consumado la venganza. “Ahora la señalan en la universidad”, le susurró. La señalaron entonces. Y la señalan ahora. Una noche, Hugo escucha una voz en el fondo de su celda. O quizá en el fondo de su cabeza, aunque por las noches la frontera es difusa.

“Zorra”.

Otra vez esa palabra, otra vez el oro líquido que le abrasa el cerebro. Sabe que no la ha pronunciado nadie, y sin embargo parece poder escuchar también el sonido de fondo del botellón, el reguetón insulso, y oler el azúcar de los refrescos y el humo del tabaco. También puede, claro, saborear la sangre. Y casi la vergüenza.

Hugo sale de la cama y se dirige hacia el armario. No puede aguantar 18 años, unos 10 si se porta bien. No es justo. Él está preso y su hermana también, aunque la cárcel de ella es más difícil de evitar. Él puede salir fácilmente.

Sonríe mientras comienza a anudar sábanas las unas con las otras. Los susurros, el olor a alcohol y el sonido de las rodillas rompiéndose han desaparecido.

No es un entierro religioso. Tampoco es un entierro bonito. Ni concurrido. Hugo se suicidó, por lo que la Iglesia no puede intervenir. Hugo era un preso, así que no se merece un entierro agradable. Hugo era un violento, y no puede esperar la familia que acudan cientos de personas. Están sólo sus padres y la figura encorvada que es Claudia. Y los sepultureros, claro, que suben el ataúd y lo colocan frente al nicho, en el segundo piso del bloque. Empieza a llover justo cuando la madre se acerca al ataúd, apenas una mujer rendida por todo que, sin embargo, no parece querer rendirse. Acaricia la madera noble, pero no llora. Quizá ya no le quedan lágrimas que derramar. Su padre acude a por ella, un hombre amable y cariñoso que ahora es una roca en medio de la tempestad, con la misma capacidad de empatía. Ambos se alejan, pero Claudia no se mueve.

-Déjala. Que se despida.

Ambos caminan bajo la fina lluvia, mientras Claudia se coloca bajo el ataúd. Los operarios del cementerio le dan unos instantes de privacidad y se alejan, yéndose a fumar unos metros más para allá. Claudia lo celebra, pero también celebra que el viento se lleve el humo lejos y la lluvia lo llene todo de un olor a humedad que apague el del tabaco. No podría soportarlo, piensa.

Ese pensamiento, que no podría soportar el humo de un cigarrillo, se desvanece con rapidez. Claudia podría soportarlo todo. Casi todo. Es más dura, más fuerte. Está más dolida, pero también es invencible. Cuando alguien pasa por una experiencia como la suya, casi nada vuelve a doler. Y tampoco casi nada vuelve a emocionar. Ni a ilusionar. Claudia, su madre siempre lo dice, se ha olvidado de vivir.

Pero lo que ella no sabe es que su hija no sólo está viviendo. No. Su hija está haciendoplanes. Está estudiando. Está entrenando. Está preparándose. La lluvia no le moja la melena rizada, primero porque está bajo el ataúd y segundo porque hace años que se la cortó casi al cero. Nunca pudo verla limpia de nuevo.

Como su madre, alarga la mano y acaricia la madera.

-Me toca, hermanito.

La injusticia es un concepto curioso. Dicotómico, en realidad. Quien la sufre la ve claramente, y quien se aprovecha de ella juraría ante todos los dioses que no existe. Es un concepto binario. Y se imparte con una crueldad mucho más acusada que la justicia, que se disfraza de

imparcial cuando en realidad no hay nada más injusto que dirimir con palabras lo que hay que curar con sangre.

Por eso los cuatro que se llevaron a Claudia a la playa pueden seguir saliendo. Por eso los cuatro que se llevaron a Claudia a la playa tienen una cuenta abultada en el banco, una cuenta que ha llevado a la ruina a su familia. Por eso los cuatro que se llevaron a Claudia a la playa pueden irse una noche a una discoteca como si nada y salir horas más tarde con otra chica.

Pero Claudia les espera. Pero no es Claudia tampoco. Sí lo es, pero nadie pasa por lo que pasó ella sin convertirse en otra cosa. Claudia ha hecho el viaje, ese descenso a los infiernos y ese paseo por las sombras que la ha transformado. Ella ha estado al borde del precipicio. Ha mirado al abismo a los ojos y el abismo le ha devuelto la mirada. Y el abismo se asustó. Claudia ya no tiene la melena rizada que lucía aquella noche. Nunca más volvió a sentirla limpia. Ahora, luce una cabeza afeitada salvo en un lateral, donde una fina mata de cabello intenta, sin éxito, suavizar los rasgos.

Claudia tampoco se llama Claudia. Quienes estuvieron a su lado, quienes la creyeron y la apoyaron esos años, siguen ahí, pero para ellos simplemente es un poco más excéntrica que antes. “Como para no serlo”, murmuran. Claudia pasa mucho tiempo en casa, en una casa que se compró con parte de la indemnización. Ninguno de sus amigos ha entrado nunca a ella. De hecho, entre ellos comentan que es una mujer rara, extraña. “Especial”, dice su mejor amiga. “Una loca”, dicen la mayoría. Pero nadie sabe qué hace Claudia tras las cuatro paredes del piso.

Ahí, Claudia entrena. Salta, corre en la cinta, golpea ese saco que no es un saco sino cuatro formas en la noche. Vive cerca del mar pero no puede soportar el sonido de las olas, por lo que lo acalla constantemente con golpes, saltos y bloqueos. Nadie le entrena. Ella cree que nadie puede enseñarle lo que tiene que hacer: es algo que o lo tienes o no lo tienes. Y si lo tienes, probablemente no querrías tenerlo.

Claudia, que ya no se llama Claudia, sigue los pasos de los cuatro chicos. Uno de ellos, ligeramente más adelantado que el resto, acompaña a una chica que se tambalea. Probablemente no sabe ni dónde está, piensa ella. La sensación se le queda dentro, en el fondo del estómago, como el lastre de una red particularmente pesada. Sacude la cabeza mientras observa cómo los chicos emprenden se meten entre dos manzanas de la urbanización. Es un callejón diminuto.

De fondo se oye el ruido del mar.

El primero no la ve venir. Se había quedado vigilando a la entrada del callejón, pero Claudia es pequeña y sigilosa. Y, sobre todo, pasa desapercibida. A él no le da tiempo a entender de dónde viene ese dolor que le sube de la entrepierna y se pregunta cómo ha podido la pared convertirse en una figura oscura cuya bota reforzada le ha reventado un testículo.

Los gritos de dolor alertan a los demás. La sombra, Claudia, aunque ya no se llama así, da un salto y antes de que puedan darse cuenta, como ha ocurrido con su compañero, dos desgraciados están en el suelo, con lesiones urológicas que causarían terror en cualquier R2 de Urgencias. El que se llevó a Claudia a la playa suelta a la chica, que de repente parece muy consciente de todo lo que le rodea. Se recoloca la falda y echa a correr en dirección contraria, hacia el mar, cuyo oleaje sacude la conciencia de la chica que antes se llamaba Claudia. La playa, el olor a sal, la música que se escucha de lejos, todo le empuja a un estado en el que los movimientos le vienen a la mente como si siempre hubieran estado ahí.

Ellos le hicieron arrodillarse. Ella se agacha para coger impulso y la rodilla vuela.

Le hicieron besarles. El impacto destroza los labios del joven.

La sangre que de repente mancha todo el callejón se refleja en una navaja que ha sacado de un bolsillo interior de la cazadora.

El chico se lleva las manos a la boca intentando parar la hemorragia. En sus ojos ve terror, y Claudia sabe que eso está bien.

- ¿Quién... quién eres?

La pregunta que estaba esperando. “Nadie”, debería decir. “Un cascarón vacío, una víctima, una vida destrozada”. Pero sonrío. No ha llegado ahí convertida en la nada. No. Su intención siempre fue otra. Él comprende, ahogado en su propia sangre y en un sentimiento de pavor tan absoluto que no hay nada más en el mundo para él que la sensación de encontrarse ante una fuerza de la naturaleza.

Ella acentúa la sonrisa. Sus dientes brillan en el filo del cuchillo, todo blanco de luna y rojo de sangre.

- Una zorra.

MARI NIEVES Y LOS SIETE KILITOS

Autor: Juan Martín Andrés

Segundo premio XXXII MariPuri Express 2.0

6:30 P.M

La grabadora de Amparo Baeza, periodista del diario "El Correo de la Mañana", desgranaba por tercera vez los testimonios que había recogido aquel día entre los próximos a la protagonista de la noticia del día anterior.

Amparo, mientras esperaba una llamada telefónica de su informador en el hospital, intentaba hilvanar aquello para redactar una crónica que resultara como mínimo impactante y en lo posible concienciara a la opinión pública.

(Amalia, vecina) "Yo, en fin no sabría definir a Mari Nieves. Es una chica como si dijéramos simpática, pero tirando a tímida. De sus hermanos es a la que más le gustan los animales. Vamos, siempre se la ve bajar la basura, al tiempo que saca al perrillo ese que tiene color marrón, tan escuchimizado, parece que se han puesto de acuerdo los dos. Yo cuando me la encuentro en el descansillo, porque vivimos puerta con puerta, y me viene el perro y me olisquea mis zapatillas afelpadas, casi me da repeluzno, pero procuro disimular para no desairarla, porque ella ya tiene bastante la pobre...

Sí, porque a Mari Nieves no es que le colgaran las carnes, como si dijéramos, pero para entendernos, como diría mi suegra, era una chica fuertota, que tenía un poco de complejo, o sea que no se atrevía a mirarse al espejo la mitad de los días, su madre me lo había contado más de una vez en el mercado, y..."

(Nuria, amiga) "Yo conozco a Mari Nieves desde que entramos a parvulitos y lo cierto es que entonces o no teníamos muy claros los límites de nuestro cuerpo, enfundados como íbamos en nuestros babis, que no distinguíamos más allá de una cabeza, un cuerpo, dos piernas y dos brazos, o nadie con aquella edad reparó en si abultaba más que el resto, con lo cual no recuerdo ningún roce por este asunto.

El problema apareció un poco más adelante, cuando empezábamos a hacer 2º ó 3º de

Primaria. Aquí Mari Nieves destacaba de los demás sobre todo de los chicos que se sentían un poco pulgas a su lado y creo que fueron ellos los que se empezaron a meter con ella diciéndole que si tal que si cual, que si gorda, que si tanque, bola de nieve y otros apelativos parecidos.

Y después todo fue a peor, buscando pasar desapercibida hasta esquivaba la mirada, o intentaba salir a horas que no estábamos por la calle los amiguetes, por supuesto dejaba de salir con nosotras bajo cualquier excusa, hasta que terminamos por dejar de llamarla, y esto degeneró en que no se soportaba ni a ella misma, claro."

(Dña. Dolores López, tutora de Mari Nieves) "Yo creo que Mari Nieves, que siempre ha sido una chica apta para los estudios, no ha conseguido alcanzar nunca los resultados equivalentes a su nivel, por el bloqueo mental que padece a causa de su baja autoestima y de su no aceptación de su físico."

(Dr. Pérez García, endocrino) "Con Mari Nieves hemos seguido un tratamiento de control de peso y de administración de una dieta adecuada a sus características de desarrollo y edad, pero dado que con sus catorce años está en una época de crecimiento, hemos tenido que revisarla en varias ocasiones porque la considerábamos demasiado estricta y nos cuestionábamos si no habría que suspenderla en vista de su efecto en su organismo, y...".

(Nieves González, madre) " Yo a mi hija siempre la he visto como una chica muy vital, pero lo que son las modas, que parece que sólo las famélicas tienen cabida, me la han hecho polvo. Ha sido una reacción lógica de toda la carga que llevaba encima.

Yo pensaba que lo poco que lograba que comiera no lo vomitaba, pero ella buscaba la forma de hacerlo o si no es que su organismo ya le rechazaba o no le toleraba alimentos, a fuerza de odiarlos. Estoy desolada".

(Pedro y Manuel, hermanos de Mari Nieves) "Nosotros la veíamos casi siempre enfadada y triste. A veces se quedaba jugando con nosotros o se ofrecía voluntaria a cuidarnos, para que nuestros padres pudieran salir. Pero creemos que era por tener una buena excusa para no salir los fines de semana.

Cuando consiguió perder sus primeros siete kilos, se sintió muy feliz, pero luego se propuso perder otros siete y entonces no le notó tan contenta, sino que a pesar de seguir perdiendo más y más, siempre se veía gorda. Lo bueno es que en las comidas mi madre ya no nos reñía a nosotros. Mari Nieves parecía la bebé de la familia y nosotros los mayores".

- Bueno, - dijo para sí, Amparo-, a ver cómo resumo todo este material para la crónica de la edición de mañana.
- ¡Ring, ring...!- reclamó su atención el teléfono.
- ¡Diga!, ¡sí, soy Amparo!, ¿cómo, que ha salido del peligro? ¡Gracias a Dios!, ¡chao, Jacinto!

Amparo empezó a acordarse del titular:

JOVEN ANORÉXICA EN ESTADO CRÍTICO.

Tras una progresiva pérdida de peso,

en los últimos quince días sólo ingería agua".

7:00 P.M

"Tengo que hacer un reportaje que conciencie a los jóvenes para que se acepten a sí mismos como son y tengan su propia opinión en lo que a estética y moda se refiere", pensó para sí misma, mientras exhalaba un suspiro, secaba una lágrima que acababa de arribar a la comisura de sus labios y removía su enjuto cuerpo nervioso en el sillón, mientras se disponía a escribir una crónica en el ordenador, que bien podría haber sido la suya tiempo atrás.

EL MAPA DE MI VIDA

Autor: Sara Palacios García

Tercer premio XXXII MariPuri Express 2.0

¿Cuántos errores cometeremos a lo largo de nuestra vida? ¿Cuántas veces tropezaremos con la misma piedra?

Sin embargo, una vez, alguien a quién debo mucho más que un simple gracias me dijo: “La vida es el arte de dibujar sin borrador.”

Debo confesar que aquella frase me abrió los ojos, me hizo darme cuenta que todo lo que había vivido tenía sentido, que nada de aquello era un error. Por primera vez, con dieciséis años, comprendí que solo tenemos una vida y por esa razón no debemos desaprovechar nuestro lienzo. Es el regalo más valioso que nos brinda la vida, ya que nunca tendremos la oportunidad de poseer otro.

Recuerdo que ese día nada más llegué a casa, me paré a observar a aquella chica que me miraba delante del espejo e inconscientemente comencé a trazar un mapa desprovisto de su reflejo, mi propio reflejo.

Empecé fijándome en sus ojos color chocolate, aquellos ojos que tan bien conocía.

Detrás de ellos veía reflejadas todas y cada una de las lágrimas que había derramado, la oscuridad que se ocultaba detrás de aquel mundo de luz, la huella de esos surcos que dejaban sus ojeras.

Podía contemplar aquella cabeza pensante que le había acompañado en aquellos momentos de descontrol, durante aquellas noches marcadas por el insomnio.

Un subconsciente que en los momentos de mayor debilidad había sido capaz de retratar sus mayores miedos convirtiéndolos en pesadillas.

Bajé la mirada y contemplé aquellos finos labios que ahora lucían brillantes e inocentemente dibujaban una sonrisa en su rostro. No obstante, todavía me cuesta hacerme a la idea que aquel simple gesto fuera para ella uno de sus mayores retos durante más de un año. Porque aquellos labios fueron testigos de todos y cada uno de los ataques de ansiedad que la perseguían. Sintieron el miedo, la angustia en su propia piel a través de finos hilos de sangre, a través de la presión constante de sus dientes sobre ellos; y sufrieron cicatrices que aun así siguieron doliendo menos que la propia realidad.

Porque, esos mismos labios pronunciaron palabras llenas de odio que, como puñales se clavaron en el corazón de los más inocentes.

Tratando de olvidar aquello, enrollé entre mis dedos un mechón de mi ahora sedoso cabello, quedándome abstraída contemplando el reflejo de aquella chica. Y pensar que hace tres años, aquel simple gesto la hubiera costado más que un disgusto, que cientos de pelos se hubieran quedado atrapados en su mano mientras las lágrimas volvían a brotar repentinamente de sus ojos. ¿Quién iba decir que su melena volvería a lucir como antes?

Sin más detenimiento, seguí descendiendo a través del reflejo. Una camiseta blanca, símbolo de luz, recuerdo de vida. Aquella vida que después de habérmela dejado olvidada al fondo del cajón durante aquel inesperado temporal, había sido capaz de recuperar, y todo gracias a ella, la chica que se mostraba delante mía.

Debido a que, aquel simple hecho de abrir el armario y escoger algo, cualquier cosa: un pantalón corto, una camiseta de tirantes... únicamente porque le gustase, no fue tarea fácil.

Para ella no se trataba de escoger entre blanco o negro, falda o pantalón; no se basaba solo en el qué dirán o en lo que más me favorece, sino en el hecho de que cuando se pusiera esa prenda por la mañana y se mirara en el espejo, no viera reflejada su enfermedad, aquello que más temía.

Se trataba de no venirse abajo cuando se probaba aquellos pantalones que más le gustaban y tan siquiera con un cinturón era capaz de ajustarlos a su cintura; o, cuando se iba de compras, decidía probarse algo de tirantes pensando que esta vez sería la definitiva, y, sin embargo, una vez más el estrecho espejo del probador le mostraba su escuálida espalda, acentuada por la huella de todos y cada uno de sus huesos, marcada por los moratones que aparecían por todo su cuerpo. Recordándole de una manera u otra lo vivido.

Porque lo que en una situación normal podía parecer algo frívolo, mera rutina; ella, cuando abría cada mañana su armario debía luchar contra sus mayores monstruos, ya que estos le repetían una y otra vez que era presa de un círculo vicioso del cual nunca podría escapar. Le recordaban que el objetivo que había estado persiguiendo durante demasiado tiempo, se había tornado en su mayor pesadilla.

En aquella camiseta se podía leer la palabra "Artista." Y aunque dibujar, pintar, escribir, hacer todo tipo de manualidades hubiera sido su mayor pasión desde pequeña; durante un año, su caja de acuarelas acumuló una gruesa capa de polvo, aquellas agendas que tanto había usado se fueron quedando debajo de objetos inútiles, y ese bolígrafo que había comprado en su primer viaje a Londres, y al cual tenía un especial aprecio, se terminó secando en aquel bote de lápices abandonado entre el caos de su escritorio.

Horarios, etiquetas nutricionales, cientos de cálculos... empezaron a componer su nueva y aterradora realidad.

Y detrás de aquella palabra que tanto significaba para ella se ocultaba un corazón enorme. Un corazón lleno de empatía, cualidad que, a pesar de tener cientos de beneficios, a ella le había

pasado factura más de una vez.

Porque, aunque su enfermedad la hubiera sumido siempre en el mismo pensamiento, la hubiera vuelto egoísta, impertinente, desconfiada a primera vista, aunque la hubiera hecho mentir a aquellos que más quería; día y noche había seguido preocupándose por todos y cada una de las personas que la rodeaban. Por el daño que estaba haciendo a cualquiera que decidía acercarse a ella.

Ese corazón que tanto había sufrido, que tantas corazas se había impuesto a lo largo de aquellos años, ahora volvía a ser sincero, volvía a latir al ritmo de la vida.

Hablando de sinceridad posé mi mano sobre el estómago de la chica del reflejo. El mismo que le había causado cientos de problemas durante meses. Cuántas veces la había obligado a rechazar salidas con sus amigos, comidas navideñas o incluso cumpleaños. Cuántas veces la había obligado a encerrarse durante horas en el baño, perdiendo una de las cosas más valiosas que poseía: tiempo.

Él y su mente habían sido los principales causantes de que hubiera sido captada por aquel bucle al que nadie era capaz de entrar. Un bucle cargado de culpabilidad.

Todos esos recuerdos trasladaron mi mirada a mi delgada muñeca, a las pulseras que prácticamente sobresalían por mi mano y aquella cicatriz que la atravesaba.

Esa cicatriz siempre marcaría el principio de un nuevo comienzo, aunque ni ella misma, ni yo pudiéramos darle explicación a lo sucedido.

Y es que ella, de ese momento solo recordaba la imagen de aquella jarra de cristal partida en mil pedazos en el impoluto fregadero, una mancha de sangre que comenzaba a cubrir su delgada muñeca y un mundo que se tornaba completamente negro a su alrededor. “Sara, nada es lo que parece.” Repetía en su cabeza. No obstante, su subconsciente sonreía detrás de ella sabiendo la verdad de todo aquello. Al fin y al cabo, era el único que conocía la realidad de su estado. Era el único capaz de admitir que la vida a veces es demasiado difícil como para continuar viviendo.

A la altura de aquella señal, se encontraban mis todavía marcadas caderas, porque nada desaparecía por el mero hecho de cerrar los ojos y tratar de olvidarte de ello, nada era instantáneo, incluyendo aquella eterna recuperación. Debíamos seguir luchando, por nosotras, por aquellas personas que un día dejaron de hacerlo.

Por primera vez, esa chica al otro lado del espejo me miraba con una sonrisa preciosa en el rostro, contenta con lo que veía. Orgullosa, lucía ese pantalón vaquero que no se había podido poner durante años. Y no porque su mente se lo hubiera negado, sino por el hecho de que no

existía talla normal que se ajustase a aquel cuerpo desconocido, a aquellas piernas que tantas veces sin más habían dicho hasta aquí después de rozar los límites.

Y sí, os preguntaréis, ¿por qué, por qué todo aquello? Sin embargo, la respuesta es sencilla, porque por aquel entonces nada se asemejaba a lo que hoy en día llaman normal, y todo debido a que no hay fuerza más poderosa que la mente humana, y cuando ella te controla a ti, sin que prácticamente te des cuenta, se apodera de tus acciones, de tu antiguo yo.

“Pero ahora todo es distinto.” Me decía para mí misma. Y aunque todo hubiera cambiado, si había algo que perdurase después de lo ocurrido eran mis Converse blancas de plataforma. Aquel regalo que llegó en un momento no muy dulce, pero que de manera involuntaria se convirtió en nuestro mayor amuleto, en un recuerdo de todo lo vivido, una representación de todo lo que nos quedaba por vivir. Porque, aunque a simple vista, en el reflejo que mostraba el espejo de los pies de ella parecieran unas zapatillas blancas usadas del montón, se convirtieron en sus compañeras de fatigas, prácticamente junto a ellas inició aquel largo y desconocido viaje comúnmente llamado “anorexia”.

Un viaje que sin darse cuenta había durado más años de los esperados, un terreno pedregoso que le había producido más de un rasguño en sus rodillas y cientos de moretones por todo su cuerpo; una cuesta arriba en la que más de una vez había perdido las fuerzas; noches oscuras que le habían dado algún que otro susto y aquel frío en su cuerpo, esa sensación gélida en sus manos, que siempre estuvo presente. Y es que, la anorexia, como el resto de enfermedades, es un camino sin mapa, un viaje lleno de soledad, de piedras en el camino, que para completarlo es necesaria una mochila cargada de una actitud y una fuerza que solo unos pocos poseen. La anorexia no hace distinciones, no se anda con miramientos y cuando te quieres dar cuenta se ha apoderado de tu vida.

Siempre recordaría aquella frase que pronunció mi psiquiatra en la primera consulta de muchas: “La perfección te está autodestruyendo. Está en tus manos decidir si merece la pena perseguir y luchar por un objetivo que tan siquiera existe.”

Hasta ese momento nadie había sido capaz de encontrar la llave a sus problemas, a mis problemas; nadie había dado con las palabras exactas para que mi mente diera la vuelta a ese mundo inaccesible que juntas habíamos construido. Porque, aunque muchos lo piensen, la anorexia sigue siendo algo mucho más serio que un simple y absurdo juego de adolescentes...

Ahora, delante de aquel espejo volvía a recorrer mi cuerpo como si de alguna manera pudiera encontrar aquel mapa desconocido del que todos hablaban, como si pudiera recoger aquel supuesto álbum de fotos donde se almacenaban todos los recuerdos de una época imborrable. Aunque, debo confesar que ya no me hacía falta echar mano de diarios, álbumes o fotos para

saber quién era, porque había aprendido la lección: lo más bonito y valioso que tenemos en este mundo somos nosotros mismos.

Que la vida se basa en formar nuestro propio puzzle a través de las fichas que nos brinda el destino, y al igual que cuando hacemos un puzzle, algunas fichas siempre serán más difíciles de encajar que otras. Pero, si ponemos de nuestra parte, si optamos por no rendirnos, al final aquel puzzle se acabará convirtiendo en un símbolo de superación para nosotros, e inconscientemente, cada ficha que forma aquella bonita imagen llamada vida, por pequeña que sea, nos trasladará a aquel momento donde finalmente encontramos su sitio, nos devolverá todas y cada una de las emociones que sentimos en aquel entonces.

Ahora, en silencio, te pido que cierres los ojos e imagines tu propio puzzle; recuerda memorizar todas y cada una de sus fichas y siéntete orgullosa de lo que ves, porque todo aquello lo has completado gracias a tu esfuerzo y dedicación, gracias a ser como eres.

Observa detenidamente esos huecos todavía vacíos, porque ellos te están mostrando todas las horas que todavía te quedan delante de ese puzzle hasta completarlo, horas, que sin darte cuenta se convertirán en viajes, personas, libros... momentos. Y siempre recuerda, todas las fichas son iguales, lo único que cambia es nuestra manera de hacerles frente, nuestra manera de mirar nuestro mapa de la vida.

TRAS LOS OJOS DEL ESCORPION

Autora: Paula Rodrigo Calvo

Premio Especial Artista de Torrejón - XXXII MariPuri Express 2.0

A pesar de sus múltiples globos oculares, los escorpiones no tienen buena visibilidad

Lentamente, el sonido de un caminar constante se escucha a mis espaldas. La madera cruje caliente, con la intención de desaparecer bajo la firmeza de los pasos. Madera eterna, madera perpetua. Mis manos, sin embargo finitas, palpan a ciegas la pared rugosa y húmeda. En busca de algo de luz me introduzco en caída libre dentro de la oscuridad del pasillo más estrecho y profundo. Treinta, cuarenta, cincuenta segundos. Por fin encuentro un interruptor. No cabe el silencio en esta habitación cuadrada. El reducido tamaño del espacio me permite observar a mi alrededor sin necesidad de moverme, mis pies se han quedado helados sobre el suelo de baldosas. Mientras intento calentarlos con mis manos aún mojadas, las paredes sujetan mis temblores. Siento el aire viciado, éste lucha en vano por renovarse ya que no hay ni puertas ni ventanas. ¿Ni pasillo? Cierro los ojos para no ver de dónde provienen los pasos cada vez más sólidos sin saber que, en la soledad de mi mente, es el lugar en el que cobran más fuerza.

Las crías de escorpión crecen dentro de la madre y durante las primeras semanas vivirán sobre el dorso de ella

No existe sensación más agradable que la de sentir los rayos del sol en la cara. El calor abraza mis párpados hasta que, en la victoria contra el pasar del tiempo, abro los ojos. Huelo el cantar de los pájaros, escucho el aroma de las jaras. El murmullo del río me recuerda que tengo hambre, así que me incorporo de la roca que hacía de cama. No obstante, cambio mi grupo de uvas por un racimo de senderistas que me saluda desde la otra orilla. De tanto intercambiar palabras entre ellos se habían olvidado de hablar con el mapa. Me ofrezco a acompañarlos durante parte del camino. ¡Qué grupo tan heterogéneo! Hay un par de ojos pequeños haciendo malabarismos con una gran frente llena de arrugas; una voz grave posiblemente potenciada por el hueco de unos dientes separados; un bigote tan fino que, al abrigo de unas cejas nubladas, parece una segunda boca. Como intentar encajar a la fuerza las piezas de un puzzle, como inventar el mismo cubismo. Para mi asombro en ese cultivo de diferencias se comparte el mismo andar rítmico. Una orquesta andando hacia la misma dirección. Ya se ven las estacas coloreadas del sendero a un par de metros. ¿Y ahora? Me giro para emprender el camino de vuelta, espalda al bosque mirada al río. Sin querer, hago crujir bajo mis pies un par de ramas viejas. El sol brilla diferente.

Los escorpiones pueden regular las toxinas de su veneno de acuerdo con el tipo de presa

Ha sido todo un sueño, tranquila. ¿Cómo lo sé? Porque el reflejo de la persona que se encuentra en frente es mío. Porque la superficie que refleja a la conocida desconocida es la ventana del

tren que me lleva a trabajar. Porque ni estoy encerrada en una habitación ni al aire libre en la naturaleza. Me repito conscientemente que estoy en una estación. Una, tres, hasta siete veces. El tiempo que tardan en abrirse las puertas y en que yo encuentre un asiento. En frente de mí hay una niña. Permanece quieta, profundamente inmóvil, con las manos perfectamente alineadas sobre sus diminutas rodillas. Sus ojos son la única parte del cuerpo que se mueve a toda velocidad. No se le puede escapar ningún detalle del trayecto. Sigo su mirada, jugando a adivinar la historia que hay detrás de cada uno de los pasajeros estudiados. Es mi turno. Se sorprende de que yo ya la estuviese mirando. La saludo tímidamente con la mano al compás del sonido de mis pulseras mientras, ella, se esconde detrás de su geométrico corte de pelo. A la parada siguiente, vergüenza enterrada, me saca la lengua. De repente y sin previo aviso, el tren frena y nos deslizamos por inercia un par de metros. Somos las únicas personas del vagón que pierden el equilibrio. Intento coger a Nekane, sin embargo un fino brazo de marfil la sujeta con fuerza el cuello de la camisa perfectamente planchada. Me ahogo. El tren continúa su trayecto, pero aquella mano continúa sujetando a la niña suspendida en el

aire.

-Nekane, Nekane, Nekane – pronuncio su nombre de manera constante con el poco aire que me queda.

Ella cierra los ojos despacio, en su cara el gesto sólido de escuchar mis gritos sin embargo ya mudos.

El cuerpo de los escorpiones está recubierto por un exoesqueleto grueso que les ofrece protección Hola Nekane:

A veces se me olvida tu nombre o de qué color son tus ojos, lo cual me entristece porque sí sé que tu mirada abraza por dentro. ¿Te gusta desayunar salado o dulce? Yo por si acaso siempre cocino ambas. Antes de dormir siempre te quejas de dolor de espalda, así que espero que encuentres un trabajo que te haga feliz y no suponga tanto esfuerzo. ¿Existe de verdad algo así? Escribirte me ayuda, mirarnos en el espejo del baño me dan ganas de vomitar. Creo que es porque primero recuerda a mamá y, por último, a nosotras. Recuerdo y siento su mano ahogándonos, mientras papá prometía que no nos iba a pasar nada. Después me levanto en cualquier parte de la casa, o incluso en aquella cafetería de la esquina que tiene tantos libros de segunda mano.

No es nuestra culpa, espero que te perdones.